

EL PRINCIPADO DE MONACO.

Hay entre las cosas que el rey de Cerdeña no puede sufrir, cinco cosas que le son particularmente desagradables:

El tabaco que no fabrica él mismo.

Las ropas nuevas y los vestidos.

Los periódicos liberales.

Los libros filosóficos.

Y los que hacen los libros filosóficos u obras.

Yo no llevaba tabaco, todos mis vestidos eran usados, los solos periódicos que poseía eran tres números de *El Constitucional* en que iban envueltas mis botas, mis únicos libros eran una *Guía en Italia* y un *Arte de cocina*, y mi nombre tenía la honra de ser perfectamente desconocido al jefe de la aduana: resultó de aquí que entré mucho más fácilmente en Cerdeña que había salido de Francia.

Había en el fondo de mi caja de escopeta dos ó trescientos cartuchos, por los cuales temblaba con todo mi cuerpo; pero S. M. el rey Carlos Alberto había hecho, á lo que parece, siendo príncipe de Carignan, un conocimiento demasiado íntimo con la pólvora, para tener miedo. Sus aduaneros ni aun repararon en mis cartuchos.

Además, yo no sé por qué el rey Carlos Alberto tiene tanto miedo á las revoluciones. Es tal vez el príncipe que tiene menos de que quejarse de ellas. Hace un centenar de años que sus abuelos los duques de Saboya eran unos buenos duques sin importancia, que se llamaban los señores de Saboya: después, cansados de revolución, á la muerte de la reina Juana, Niza se entregó en cuerpo y alma á á Auce VII, apellidado el Rojo: en 1388, hizo Génova lo que había hecho Niza en 1388, con la diferencia de que Niza se había dado y Génova fué tomada: pero hoy que no sucede ni lo uno ni lo otro, esos dos bocados de los antiguos duques, que los nuevos reyes han mordido á derecha é izquierda, redondean bastante bien la soberanía sarda, y hacen una potencia de segundo orden en Europa, que por el hábito y el carácter belicoso de su rey, no deja de tener su importancia sobre el mapa militar de la Europa.

Sin embargo, los príncipes de Saboya no gozaron siempre de esta hermosa querida provenzala que se había entregado á ellos. En 1543, los ejércitos combinados de los turcos y de los franceses sitiaron á Niza, Barbaroja y el duque de Enghien intimaron al gobernador Andrés Odinet que se rindiese. Pero Andrés Odinet, respondió:—Me llamo Montfort: mis armas son *palas* y mi divisa es *preciso mantenerme*. Aunque se portó como valiente soldado para no desmentir es-

ta respuesta en teramente heráldica, Andrés Odinet se vió obligado á rendirse en el castillo, y Niza capituló.

En 1694 Catinat sitió á Niza, y la tomó segunda vez, gracias á una bomba que hizo saltar el reducto del castillo donde estaba el almacén de pólvora.

En 1706 el duque de Berwick tomó á su vez el castillo, como lo había tomado Catinat, y para evitar á sus sucesores el trabajo que había costado aquella fortaleza á sus predecesores la demolió enteramente. Así en 1798, Niza fué conquistada sin resistencia, siendo hasta 1814 la cabeza del departamento de los Alpes marítimos.

En 1814, Niza volvió por la cuarta vez al poder de sus eternos amantes los duques de Saboya y reyes de Cerdeña.

Niza está representada bajo el emblema de una matrona armada con casco en la cabeza, con el pecho abierto y la cruz de plata de Saboya impresa sobre el corazón: su mano derecha la apoya en una espada desnuda; su mano izquierda en un escudo de plata con un águila de gules con las alas desplegadas: sus pies se apoyan en un escollo de sinople que bañan las olas del mar: en fin, á sus pies se ve un perro, simbolo de la fidelidad, con estas palabras: *Nicea fidelis*.

Por lisonjero que sea este emblema para la ciudad de Niza, nos parece que estaría mejor representada bajo las facciones de una hermosa cortesana muellemente recostada en las orillas de su azulado espejo, á la sombra de la flor de azahar de sus naranjos, con sus largos cabellos flotantes á la brisa del mar, y cuyas olas viniesen á mojar sus desnudos pies; porque Niza es la ciudad de la dulce pereza y de los fáciles placeres. Niza es mas italiana que Turin y que Milan; es casi tan griega seguramente como Sibarís.

Así nada hay mas encantador que Niza, en una tarde de otoño cuando el mar, rizado apenas por el viento que viene de Barcelona ó de Palma murmura suavemente, y cuando sus *luciólas* cual estrellas que corren parecen llover del cielo. Hay entonces en Niza un paseo que se llama *la Terraza*, que tal vez no tiene igual en el mundo, en donde se apiña una población de mugeres pálidas, débiles, que no tendrían la fuerza de vivir en otra parte, y que vienen todos los inviernos á morir á Niza: allí está la aristocracia de Paris, de Londres y de Viena enferma.

En cambio, los hombres en general gozan muy buena salud, y parecen haber venido allí guiados por una sublime abnegación para ceder una parte de sus fuerzas y de su salud á todas aquellas bellas moribundas, que hacen guiños al pasar á los graciosos abates, tan coquetos y galantes, que se comprende absolutamente que tengan absoluciones prontas para ellas por cualquier pecado que hayan cometido.

En Niza comienzan los abates: no esos abates gordos y abultados como en Nápoles y en Florencia, sino unos abates lindos, chiquititos, como se encuentran á veces en el monte Pincio en Roma, ó en el paseo de la Marina en Mesina: verdaderos abates de gabinete, como los había al levantarse de la cama en la alcoba de Mad. de Pompadour, y al acostarse en la de Mlle. Lange: deliciosos abates, por último, alimentados con bombones y dulces, con el pelo bien cuidado y perfumado, pantorrilla redonda, sombrero coquetamente echado sobre la oreja, y piececito calzado con zapatos de charol y hebilla de oro.

Pregunto si todo esto da á Niza el aire de una Minerva armada de pies á cabeza, y si su epíteto de *fidelis* debe tomarse al pie de la letra.

Hay dos ciudades en Niza: la ciudad antigua, y la ciudad nueva: la *Antica Nizza* y la *Nice new*; la Niza italiana y la Niza inglesa. La Niza italiana, pegada á sus colinas, con sus casas esculpidas ó pintadas, sus virgenes en las esquinas de las calles, y su población con pintoresco trage, que habla como dice el Dante la lengua—*del vel paese la dove il si suona*:—la Niza inglesa, ó el barrio de mármol con sus calles tiradas á cordel, sus casas blanqueadas con cal, las ventanas y las puertas metódicamente abiertas; y su población de sombrillas, velos, y botitos verdes, que dice—*Yes*.

Porque para los habitantes de Niza todo viagero es inglés; cada extranjero, sin distinción de cabello, de barba y de trages, de edad y de sexo, llega de una ciudad fantástica, perdida en medio de las nieblas, en la que alguna vez por tradición se oye hablar del sol, donde no se conocen las naranjas y los ananás, sino en el nombre: donde no hay mas frutas maduras que las manzanas asadas, y que por consecuencia se llama *London*.

Mientras yo estaba en el hotel de York llegó una silla de postas. Un momento después entró el posadero en mi cuarto.

—¿Quiénes han llegado? le pregunté.

—*Sono certi inglese*, me respondió, *mai non saprai dire si sono francesi ó tedeschi*. Lo que quiere decir:—son ciertos ingleses, pero no sabré decirlos si son franceses ó alemanes.

Ínútil es decir que todo el mundo paga, en consecuencia de que á todos los llaman milord.

Permanecemos dos días en Niza; un día mas de lo que ordinariamente permanecen los forasteros que no vienen á pasar allí seis meses. Niza es la puerta de la Italia. ¿Y cómo detenerse en el dintel de ella cuando se percibe el horizonte de Florencia, Roma y Nápoles?

Nos ajustamos con un *veturino* (cochero) que se encargó de llevarnos á Génova en tres días por el camino de la *Cornisa*. Yo cono-

cia el Mont-Cenis, el San Bernardo, el Simplon, el Coll de Tenda, los Bernardinos, y el San Gotardo; era, pues, el único camino creo, que me faltaba que recorrer.

La primera ciudad que se encuentra en el camino es Villafranca, cuyo puerto, obra de los genoveses y abierto por el consejo de Federico Barbaroja, no está separado del de Niza sino por la roca de Montalban. A una media legua mas allá de Villafranca se entra en el principado de Monaco, que se anuncia formidablemente al viagero por una línea de aduanas. El príncipe de Monaco, Honorio V, actualmente reinante, es el mismo que volviendo en 1815 á sus estados, encontró á Napoleon en el golfo Juan. La aduana del príncipe cobra dos y medio por ciento sobre las mercancías, y seis cuartos por los pasaportes. Como Monaco se halla en el camino mas frecuentado de la Italia, esta doble contribucion forma la parte mas sancada de sus rentas.

Además, el príncipe de Monaco ha nacido para la especulación, aunque no todas las especulaciones le salgan bien, testigo la moneda que hizo acuñar en 1837, y que se gasta buenamente en su principado, en atención á que los reyes sus vecinos han impedido su admisión. Los demas industriales se hacen ordinariamente pagar lo que hacen; el príncipe de Monaco se hace pagar lo que no hace. Ved aquí cómo.

Entre las cosas que el rey Carlos Alberto tiene en antipatía, hemos puesto en primer lugar el tabaco de fumar y el tabaco en polvo: de otra manera y en términos de estanco, el *Scaferlati* y la *Maconna*.

Pues si yo que vivo á trescientas leguas del rey de Cerdeña conocía su antipatía, no es admirable que el príncipe Honorio V, cuyos estados están enclavados dentro de los suyos la supiese. Reflexionó el príncipe un instante, y cuando se impuso de este odio resolvió sacar partido de él. En consecuencia hizo sembrar mucho tabaco y anunció para el año siguiente cigarros á cuarto, que visto la feliz disposición del terreno, serian tan buenos como los de la Habana.

Aquel anuncio puso en movimiento y en alarma todas las contribuciones indirectas sardas. El rey Carlos Alberto vió sus estados inundados de cigarros; tenía bastante con una aduana ó dos, como su vecino Honorio V, pero estas aduanas están sobre los caminos, y no en todas las partes del principado, de manera, que aun cuando tuviese en toda su circunferencia una línea tan espesa y vigilante como un cordon sanitario, quinientos cigarros bien pronto pasaban; una piel cosida á un perro pasa de tres á cuatro mil, y el principado de Monaco es tal vez el solo donde queda esa especie de perros contrabandistas. No había mas que un remedio que tomar, y era rebajar el precio de sus cigarros, al

precio de los cigarros de Honorio V, ó tratar con él de potencia á potencia. El rey Carlos Alberto prefirió tratar. Bajar el precio de sus cigarros, vista la repugnancia que los pueblos tienen en general por la administracion de los derechos reunidos, hubiera parecido una concesion politica.

Estableció, pues, un congreso entre los dos soberanos para arreglar aquella importante cuestion de comercio; pero como las pretensiones del príncipe de Monaco parecian exageradas al rey de Cerdeña, á la manera del congreso de Rastadt, el congreso de Monaco se dilató por mucho tiempo, tanto que llegó la época de la cosecha.

El príncipe de Monaco dió una libra de tabaco de gratificación á cada uno de sus cincuenta carabineros, y los envió á fumar sobre las fronteras del rey Carlos Alberto.

Los soldados sardos olieron el humo de las pipas de sus vecinos los monaqueses; era, como lo había dicho el príncipe en su prospecto, un verdadero humo habano sin mezcla de esas yerbas desconocidas que los soberanos tienen la costumbre de vender por tabaco. Los sardos era gente que lo entendian, y acudieron á las fronteras de Honorio V, preguntando á los carabineros del príncipe dónde compraban su tabaco. Respondieron los carabineros que era de planta que su muy amado soberano había hecho venir de Cuba ó de Latachia, y que sobre su sueldo, que era igual al de los soldados sardos, tenían de plus una libra de tabaco por semana.

El mismo dia desertaron veinte soldados del rey Carlos Alberto, que vinieron á pedir servicio á Honorio V, ofreciendo si lo aceptaba hacer desertar con las mismas condiciones todo el regimiento. Urgente iba haciéndose el peligro; el regimiento podía seguir á los veinte hombres, y el ejército seguir al regimiento, y como la monarquía del rey Carlos Alberto, es una monarquía puramente militar que no ha tenido todavía tiempo de echar hondas raíces en el pueblo, vió de una sola ojeada que si desertaba así en masa el ejército sería Honorio V y no él el rey de Cerdeña, teniéndose él por muy contento si le dejaban ser príncipe de Monaco. En consecuencia pasó por todas las condiciones que exigió su vecino, y se terminó el tratado mediante una renta anual de treinta mil francos que el rey Carlos Alberto paga á Honorio V, y una guarnicion de trescientos hombres que le presta gratis para sofocar las revolucioncillas que de tiempo en tiempo tienen lugar en sus pequeños estados. En cuanto á la cosecha fué comprada en rama mediante otra cantidad de treinta mil francos, y mezclada con hojas de nogal, que es lo que se fama generalmente desde Niza á Génova, y desde Chamberí á Turin: tanto, que resultó que los piemonteses que no se hallaban acostumbrados á aquella suavidad tuvieron una gran recru-

descencia de popularidad por el rey Carlos Alberto.

El principado de Monaco ha experimentado grandes vicisitudes: ha estado sucesivamente bajo la proteccion de la España y de la Francia; despues ha sido principado federativo; despues ha estado incorporado al imperio francés, y vuelto últimamente, como lo hemos visto, á su legitimo propietario en 1814, bajo el protectorado de la Francia; por último, en 1815 pasó al protectorado de la Cerdeña. Vamos á seguirle en estas diferentes revoluciones, de que algunas no carecen de cierta originalidad.

Monaco fué hácia el siglo X erigido en señorío hereditario para la familia Grimaldi, poderosa casa genovesa que tenia considerables posesiones en el Milanesado y en el reino de Nápoles. Hácia el 1550, en el momento de la formacion de las grandes potencias europeas, el señor de Monaco temiendo ser devorado de un bocado por los duques de Saboya ó por los reyes de Francia, se puso bajo la proteccion de la España. Pero en 1644, siéndole esta proteccion mas onerosa que útil, resolvió Honorio II cambiar de protector, é introdujo guarnicion francesa en Monaco. La España, que tenia en Monaco un puesto y una fortaleza casi intomable, se irritó como acostumbraba á hacerlo de tiempo en tiempo en la época de Carlos V y de Felipe II, y confiscó á su antiguo protegido sus posesiones milanesas y napolitanas. Resultó de esta confiscacion que el pobre señor se encontró reducido á su pequeño estado. Entonces Luis XIV, para indemnizarle le dió en cambio el ducado de Valentino, en el Delfinado; el condado de Carlades en el Liones; el marquesado de Baux, y el señorío de Buix, en Provenza; despues casó el hijo de Honorio II con la hija de Mr. Le Grand. Este matrimonio se verificó en 1688, y valió á Monaco y á sus hijos el título de príncipes extranjeros. Desde esta época, los Grimaldi cambiaron su título de señor por el de príncipe.

No fué feliz el matrimonio. La recién desposada, que era aquella bella y galante duquesa de Valentino, tan conocida en la crónica amorosa del siglo de Luis XIV, se halló una mañana de un salto fuera de los estados de su esposo, y se refugió á Paris, contando las cosas mas particulares sobre el pobre príncipe; y no fué todo esto; la duquesa de Valentino no limitó su oposicion conyugal á las palabras, y el príncipe supo pronto que era tan desgraciado cuanto puede serlo un marido.

En aquella época no se hacia mas que reirse de semejante desgracia; pero el príncipe de Monaco era un hombre muy singular, como lo había dicho la duquesa, de modo que se incomodó: hizo por enterarse sucesivamente del nombre de los diferentes amantes que tomaba su muger, y los hizo ahorcar en efígie de los árboles del patio de su palacio: bien

pronto se vió lleno el patio, y fué menester valerse de los árboles del camino real; pero el príncipe no se cansó y continuó ahorcando. Llegó el rumor de aquellas ejecuciones y se difundió hasta Versailles: Luis XIV se incomodó también, é hizo decir al señor de Monaco que fuése mas clemente. El señor de Monaco respondió que él era príncipe soberano, y que por consecuencia tenia el derecho de hacer administrar justicia en sus estados, y que debian agradecerle el que se contentase con hacer ahorcar á hombres de paja.

Causó tan grande escándalo la cosa, que se juzgó á propósito volver la duquesa á su marido. Este, para hacer el castigo completo, queria hacer pasar á la duquesa ante las efigies de sus amantes; pero la princesa viuda de Monaco insistió tanto y tan bien que su hijo, depuso aquella venganza, é hizo grandes luminarias con todos aquellos maniqués.

Esta fué, dice madama de Sevigni, la antorcha del segundo himeneo.

Pronto se vió que una gran desgracia amenazaba á los príncipes de Monaco. El príncipe Antonio no tenia mas que una hija, y de día en día perdía la esperanza de darle un hermano. En consecuencia, el príncipe Antonio casó el 20 de octubre de 1715 á la princesa Luisa Hipólita, con Santiago Francisco Leonor de Guyon-Matignon, al que cedió el ducado de Valentino, entretanto le dejaba el principado de Monaco por su muerte, lo que hizo con gran pesar suyo el 20 de febrero de 1731. Santiago Francisco Leonor de Guyon-Matignon, Valentino por matrimonio, y Grimaldi por sucesion, es, pues, el tronco de la casa reinante actual, que va á extinguirse también en la persona de Honorio V y de su hermano, los dos sin posteridad masculina y sin esperanza de tenerla.

Honorio IV reinaba tranquilamente cuando se verificó la revolucion de 89. Los monaqueses siguieron todas sus faces con una atencion particular, pues que cuando se proclamó la república en Francia se aprovecharon de un momento en que el príncipe estaba no sé en dónde, se armaron con cuanto pudieron encontrar á la mano, y marcharon sobre el palacio, que tomaron por asalto, comenzando el saqueo por las bodegas, que podian contener de doce á quince mil botellas de vino. Dos horas despues los ocho mil vasallos del príncipe de Monaco estaban borrachos.

En este primer ensayo de libertad hallaron que la libertad era una cosa muy buena, y resolvieron á su vez constituirse en república. Únicamente como Monaco no era un estado bastante grande para dar asiento á una república una é indivisible, como lo era la república francesa, se resolvió entre las fuertes cabezas del país, que se habian constituido en asamblea nacional, que la república de Monaco sería, á imitacion de la república americana, una república federativa. Las bases de la nueva

constitucion fueron, pues, discutidas y determinadas entre Monaco y Mantone, que hicieron alianza á vida y á muerte. Quedaba una tercera poblacion llamada *Roquebrune*: decidióse que pertenecería por mitad á una y otra de las dos ciudades: Roquebrune murmuró; hubiera querido ser independiente y entrar en la federacion, pero Monaco y Mantone se rieron de su exagerada pretension. No siendo mas fuerte Roquebrune, la fué preciso someterse: únicamente desde entonces Roquebrune fué señalada á las dos convenciones nacionales como un foco de revolucion. A pesar de esta oposicion fué proclamada la república bajo el nombre de república de Monaco. Pero no bastaba que los monaqueses se constituyesen en república; era preciso hacer en los estados que habian adoptado la misma forma de gobierno, aliados que les pudiesen sostener. Pensaron naturalmente en los americanos y en los franceses: en cuanto á la república de San Marino, la república federativa de Monaco la despreció tanto, que ni habló de ella.

Sin embargo, entre estos dos gobiernos, uno solo estaba á su alcance por su posicion topográfica, de ser útil á la república de Monaco, y era la república francesa: la república de Monaco resolvió no dirigirse sino á ella: envió tres diputados á la Convencion Nacional para pedirle su alianza y ofrecerle la suya. La Convencion Nacional se hallaba en un instante de buen humor: recibió perfectamente á los enviados de la república de Monaco, y los invitó á volver á la mañana siguiente para hacer el tratado.

El tratado fué redactado el mismo dia. Es verdad que no era largo, pues se componia de dos artículos.

«Art. 1.º Habrá paz y alianza entre la república francesa y la república de Monaco.»

«Art. 2.º La república francesa celebra haber hecho conocimiento con la república de Monaco.»

Este tratado, como había sido dicho, se entregó á los embajadores, que se volvieron muy contentos. Esto no impidió que despues la república francesa comprendiera la república de Monaco en su piel de león.

No se ha olvidado sin duda como gracias á Mad. D... el tratado de Paris devolvió en 1814 al príncipe Honorio V sus estados, que felizmente ha conservado desde entonces.

Ademas, el príncipe Honorio V, fuera de chanza, es muy querido de sus súbditos, que ven con grande inquietud la hora en que cambiarán de amo. En efecto, á pesar del desprecio que de él hace San Simon, el que dice en sus Memorias que es soberano de una roca desde en medio de la cual puede escupir fuera de sus estrechos límites, habita un delicioso país, en el cual no hay quintas ni casi contribuciones, siendo la lista civil del príncipe pagada con el dos y medio por ciento, que percibe sobre las mercancias y por los diez y seis cuar-

tos que se hace pagar sobre los pasaportes. El ejército se compone de cincuenta carabinieri, que se reclutan por enganches voluntarios.

Desgraciadamente no pudimos gozar cual hubiéramos querido de aquel encantador reino que se llama el principado de Monaco, porque una atroz lluvia nos sorprendió en las fronteras, siendo acompañados con encarnizamiento por ella durante los tres cuartos de hora que tardamos en atravesar todo el país. Resultó que no vimos la capital ni su fortaleza, á la cual divisamos como á través de un espeso velo. Así fué que en el puerto solo distinguimos una falua, la cual, con otra que en aquel momento se hallaba fuera, componen toda la marina del príncipe.

Al atravesar Mantone, una muestra nos dió el grado de civilizaci6n en que se hallaba la ex-república federativa en el año de gracia de 1835. Sobre una puerta se leía con letras gordas: *Mariana Casanova, vende pan y hace vestidos.*

A un cuarto de legua de la ciudad volvimos á caer en una segunda línea de aduanas y en un segundo visa de pasaportes. El pasaporte no era nada, pero el registro fué cruel, y pudimos convencernos de que en los estados del príncipe de Monaco la esportacion es tan severamente perseguida como la importacion. Quisimos emplear el medio usado en semejantes casos; pero tuvimos que habérnoslas con aduaneros incorruptibles, y no nos perdonaron ni un cepillo de dientes; de modo que nos fué preciso recibir una especie de contrapueba del diluvio, en atencion á que bajo el pretexto del clima, no habia ni un cobertizo. Me aproveché de aquel contratiempo para profundizar un punto del que pienso ocuparme y sacar partido en la primera ocasion. Tratábase de si en Monaco todos saben calzarse y descalzarse. Hice en consecuencia por la tercera vez desde que habia abandonado la frontera, todas las preguntas posibles sobre esta contradanza tan popular en toda Europa. Pero allí, como en otras partes, no tuve mas que respuestas evasivas que aumentaron mi curiosidad, porque aumentaron mi primera opinion, á saber; que algun gran secreto, ó el honor del príncipe ó del principado se hallaba comprometido, y que era referente á este respetable baile. Me fué preciso, pues, salir de los estados del príncipe tan ignorante sobre este punto como habia entrado, y perdiendo para siempre la esperanza de descubrir aquel misterio que no habia podido aclarar en el mismo sitio de su nacimiento.

En cuanto á Jadin se hallaba absorto en una idea no menos importante que la mia: trataba de comprender cómo habia caído una lluvia tan grande en un principado tan pequeño.

EL RIO DE GÉNOVA.

La primera ciudad que encontramos en nuestro camino, despues de haber pasado los estados de Monaco, es *Vintimiglia*, el *Alventinulum* de los romanos, de que habla Ciceron en sus cartas familiares, libro 8.º, epístola 15, y en la que Tácito se detiene un momento para contar un hecho histórico, digno de un esparciata: una madre licuriana preguntada por los soldados de Otton para que les indicase el sitio donde se habia ocultado su hijo, que habia tomado las armas contra aquel emperador, con aquella sublime impudencia antigua de que Agripina habia dado ejemplo (*feri ventrem*), les enseñó su vientre diciendo: ¡Aquí está! y murió en los tormentos sin exalar otro grito que aquel grito de la maternidad.

Una carta de Hugo Foscolo, la mas elocuente tal vez de todas las que ha escrito, completa la ilustracion de Vintimiglia. Comimos en esta pequeña poblacion. Nos sirvieron conejos de la orilla del Garinara. A los postres tuvimos un mal rato, viendo que nos ponian en la cuenta una suma de veinte cuartos por un gato. Pedida explicacion sobre esto, supimos que era la comida de Milord. Esta cuenta aclaraba un punto que muchas veces habíamos discutido antes Jadin y yo: era el precio que podia costarnos un gato italiano. Milord, segun las costumbres que habia adquirido en Londres y en Paris y que ahora esportaba de Paris al extranjero, no podia ver un gato sin que en un abrir y cerrar de ojos matase al infeliz. En Francia esto habia sido visto bien, porque en general los gatos estan poco protegidos por los posaderos, de quien se comen el queso mas que las ratas. Pero en Italia el cambio de costumbres y por consecuencia de gusto, podia traernos mil compromisos, sin contar con el aumento de gastos que no habíamos tenido en cuenta al formar nuestro presupuesto. Estábamos muy gozosos de que apenas habíamos puesto el pie en la Cerdeña, habíamos podido adquirir la tarifa fija del valor del gato. Hicimos, pues, en su consecuencia venir al posadero y le preguntamos si creia que el precio que nos ponía era el precio corriente de los gatos en Italia. Creyó este que íbamos á regatearle el gato, y nos enumeró prolijamente todas las cualidades del difunto. Le interrumpimos en su apologia para decirle que no conocía nuestra intencion, que no discutíamos sobre el valor del animal, sino que únicamente queríamos saber si este valor no tenia alza ó baja segun los diversos puntos. El posadero meneó la cabeza, y nos aseguró que por dos paulos en Toscana y dos

carlinos en Nápoles, creia que Milord podria ahogar lo mejor que hubiera en la raza gatuna, excepto, sin embargo los gatos de Angora ó los gatos sabios, que tenian en todas partes del mundo un valor convencional; y que aun habria poblacion agena á toda industria y privada de todo comercio donde podíamos por este precio pedir ademas la piel: era cuanto deseábamos saber. En su consecuencia pagamos la cuenta, pero nos hicimos dar un recibo sellado, del gato: este recibo era importante, porque debia servir de molde. Despues de una madura deliberacion, lo redactamos en estos términos:

«Recibí de dos señores franceses, que viajan con un alano, veinte cuartos de Cerdeña ó un franco de Francia, que hacen dos paulos de Toscana ó dos carlinos de Nápoles, en pago de un gato de primera calidad muerto por el supradicho alano.

Vintimiglia, 20 de marzo de 1835.

Francesco Biagioli.

Patrone de la locanda de la Croce de Oro.»

Al cabo de ocho dias teníamos tres recibos en regla y perfectamente detallados en que los gatos eran apreciados en el mismo valor, lo que era para nosotros un gran descanso para el resto del viage en atencion á que cuando nos pedian mas, lo que sucedia frecuentemente, sacábamos nuestro registro diciendo: mirad, este es el precio á que pagamos los gatos por todas partes. El propietario del muerto echaba la vista en los papeles, y convencido por los respetables testimonios que le presentábamos concluía siempre por decir:

—*Dunque, vá bene per due paoli.*

Y entregándole los dos paulos nos volvimos á poner en camino con sus bendiciones que las daban por añadidura, sintiendo en el fondo de su corazon que en lugar de un gato no hubiera ahogado dos Milord.

Continuamos, pues, nuestro camino muy satisfechos de la invencion, cuando al salir de Borduguera nos distrajimos de aquellas ideas con el severo aspecto de la aldea de San Remo, con su hermana de San Rómulo rodeada toda de palmeras. Detuvimos un instante para descansar nuestros ojos fatigados con aquellos eternos olivos negruzcos y encogidos, sobre aquella vegetacion oriental. En aquel momento se acercó á nosotros un aldeano, y viendo la satisfaccion con que nos habíamos detenido en aquel pequeño oasis, nos dijo que no era buena hora para mirar las palmeras de San Remo, y que entonces las veíamos con desventaja para ellas. En efecto, acababan de ser despojadas de sus mas hermosas palmas, que habian sido llevadas á Roma para la fiesta del domingo de Ramos. Preguntéle entonces por qué aquellas palmas eran llevadas á Roma, y si los habitantes sacaban de aque-

lla remesa algun provecho temporal ó espiritual: y supe que era un privilegio de la familia Bresca, que le habia sido concedido por Sisto V, y que ha sido conservado despues. Este fué el motivo de la concesion.

En 1536 habia todavia en el mismo sitio donde Pio VI ha hecho construir la sacristia de San Pedro, un magnífico obelisco, poseido en otro tiempo por Gore, rey de Egipto, en la ciudad de Heliópolis: trasportado despues por Caligula á Roma, y colocado despues en el circo de Neron, ó Vaticano, sobre el punto en el que Constantino hizo construir su basilica. Hasta 1586, es decir hasta el segundo año del pontificado de Sisto V, habia permanecido en pie aquel obelisco en medio de los edificios sucesivos que habia hecho hacer Nicolas V, Julio I, Leon X y Sisto V, cuando el gran pontífice, que hizo mas en cinco años, que otros cinco papas hicieron nunca en un siglo, resolvió hacer trasportar el gigante monólito que tenia setenta y seis pies de alto, y con la cruz que hay encima ochenta y seis, sobre aquella hermosa plaza que setenta años mas tarde Bertin debia cerrar con su magnífica columnata.

Fontana, el mas hábil mecánico de su tiempo, fué el encargado de aquella grande operacion: dispuso sus máquinas como hombre que comprende que los ojos de toda una ciudad estan fijos sobre él. El papa le dijo que no omitiese gastos para conseguir su objeto. Fontana obró en consecuencia: solo el transporte, aunque no fué mas que de ciento cincuenta pasos apenas, costó doscientos mil francos.

Por último, terminados todos los preparativos, Fontana señaló el dia en que contaba poner el pie del obelisco sobre su pedestal, y este dia fué publicado á son de trompeta por toda la ciudad. Todos podian asistir á la operacion, pero á condicion de guardar el mas riguroso silencio. Habia reclamado este punto Fontana, á fin de que solo su voz, la única que tenia derecho para dar órdenes en aquel gran dia, pudiese oirse por los trabajadores. Como Sisto V no hacia las cosas á medias, la proclama decia que la menor palabra, el menor grito, la menor exclamacion, seria castigada con la muerte, cualquiera que fuese el estado y condicion del que la hubiese proferido.

Comenzó Fontana su trabajo en medio de una inmensa multitud: á un lado estaba el papa y toda su corte sobre un tablado espresamente levantado: al otro estaba el verdugo y la horca: en medio, en un espacio cercado, y que hacia respetar un círculo de soldados estaban Fontana y sus obreros.

Habia sido elevada hasta su pedestal la base del obelisco; lo que quedaba que hacer era ponerle en pie, enderezarle. Por medio de cuerdas atadas á su estremidad, debia por un ingenioso mecanismo hacerle perder la posicion horizontal para elevarle poco á poco á una posicion perpendicular. Habian sido me-

didas para este efecto la longitud de las cuerdas: llegadas á su punto de descanso, el obelisco debía quedar en pie.

Comenzó la operacion en medio del mas profundo silencio; el obelisco lentamente levantado, obedecia como por magia á la fuerza atractiva que le ponía en movimiento. El papa, mudo como todos los demas, animaba la maniobra con señales de cabeza: la voz del arquitecto dando órdenes, resonaba solo en medio de aquel solemne silencio. El obelisco tenia que ceder; una ó dos vueltas de rueda faltaban ya, y quedaba fijo sobre su base. De pronto Fontana ve que no rueda el mecanismo; la medida de las cuerdas habia sido tomada exáctamente, pero las cuerdas se habian alargado por la masa y se hallaban ahora algunos pies mas largas; ninguna fuerza humana podía suplir á la fuerza que faltaba. Era una operacion perdida, una reputacion hundida: Fontana apresuraba las órdenes, multiplicaba las disposiciones. En el momento en que las cuerdas no atraian al obelisco, el obelisco pesaba doble sobre las cuerdas. Echóse las manos á la frente Fontana, no veia ningun medio de salvar el extremo en que se hallaba, conocia que se iba á volver loco. En aquel momento se rompió uno de los cables.

De pronto un hombre gritó en la multitud: *agua alle corde—agua á las cuerdas*, y atravesando el espacio, fué á entregarse en manos del verdugo.

El consejo es un rayo de luz para Fontana. Sobre toda la estension de los cables hizo verter inmediatamente cubos de agua. Apretáronse las cuerdas enteramente, sin esfuerzo, y como por la mano de Dios; el obelisco volvió á ponerse en movimiento y se asentó sobre su base, en medio de los aplausos de la multitud.

Entonces Fontana corrió á su salvador, á quien encontró con la cuerda al cuello, y entre las manos del verdugo; le coge en sus brazos, le abraza, le arrastra, le lleva á los pies de Sisto V, y pide para él un perdon ya concedido. Pero no bastaba darle el perdon, necesitábase darle una recompensa. El papa pidió al forastero que fijase él mismo lo que queria. El forastero respondió que era de la familia de Bresca, que era rico, y que por consecuencia no tenia favores pecuniarios que pedir, pero que habitaba en San Remo, aldea famosa por sus palmeras, y que pedia el permiso de llevar todos los años, gratis, las palmas necesarias para la funcion del Domingo de Ramos en Roma. Sisto V concedió aquel privilegio, señalando una pension de seis mil escudos romanos para el cultivo y mantenimiento de las palmeras.

Desde aquel tiempo la familia Bresca, que existe todavía, ha usado del privilegio de llevar todos los años á Roma un buque cargado de palmas, y hace doscientos cuarenta y cinco años que este privilegio le ha sido conce-

didado, gozando de la visible proteccion del cielo, porque jamás el menor accidente ha sucedido á ninguno de los doscientos cuarenta y cinco buques que hereditaria y anualmente han trasportado esta santa carga.

Llegamos á Oneille á las nueve de la noche, porque nuestro veturino, habiéndonos prometido dejarnos en Génova al tercer dia, á los dos, á la puerta de la fonda de las Cuatro Naciones, arreglaba sus jornadas en vista de esto. Resultó que salimos de Oneille al dia siguiente al amanecer. No diremos gran cosa de este pueblo, si no que es la patria del grande Andrea Doria, lo que no impide á juzgar por la posada en que hicimos noche, que las posadas de este punto son detestables.

Al amanecer nos pusimos en camino. Comenzábamos á despertarnos, cuando atravesábamos por Alesio, donde vimos por la vez primera á las mugeres peinadas con el mezarzo genovés; velo blanco, que sin ocultarlo, cuadra divinamente sobre su rostro. En cuanto á los hombres, eran en otro tiempo osados marinos que tomaron parte con Pizarro en la conquista del Perú, y con don Juan de Austria en la victoria de Lepanto.

Detuvimos para almorzar en Albengo, ciudad de dulcísimo nombre, pero á la que sus derruidas murallas y sus torres destruidas, dan uno de los más tristes aspectos. En Albengo, es donde, si se ha de creer á madama Genlis, la duquesa de Cerifallo fué encerrada durante nueve años en un subterráneo por su marido.

Otro punto histórico mas seriamente averiguado es, que fué en Albengo donde nació aquel Prócuro que disputó el imperio á Probo, y Decius Pertinax, á quien es preciso no confundir con el Pertinax que fué emperador.

Posee Albengo dos monumentos antiguos, su baptisterio, que se remonta, dicen, á Prócuro, y su Ponte-Longo que fué edificado por el general romano Constancio. Una cosa notable ademas es, que los habitantes de Albengo, la antigua Albiganumun, se habian aliado con Magon, hermano de Anibal, siendo comprendidos en el tratado de paz que hizo con el cónsul romano Publio Elio, y desde aquel tiempo hasta el siglo XII, en virtud de aquel tratado se gobernaron con sus propias leyes, acuñando moneda como estado independiente. En el siglo XII, los pisanos en guerra con los genoveses, se apoderaron de Albengo y la saquearon. Vuelta á edificar por los genoveses permaneció desde ese tiempo así, sin ser quemada, es verdad, pero sin ser reedificada. Lo que hace que Albengo tenga gran necesidad de ser quemada segunda vez.

El camino continuaba siendo cada vez mas delicioso y lleno de accidentes mas pintorescos unos que otros: con la mar á nuestra derecha, tranquila cual un lago, y resplandeciente cual un espejo; y á nuestra izquierda, escarpadas rocas unas veces, encantadores

valles otras, con alamedas de granados y de laureles; otras, vistas de lindísimas poblaciones destacándose sobre el azulado fondo, cual se ve en los pies de sus montañas. Resultó de aquí que sin cansancio ninguno llegamos á Sabona donde debíamos hacer noche.

Sabona es una especie de ciudad á quien ha quedado una especie de puerto que los genoveses han hecho se ciegue poco á poco, á pesar de las reclamaciones de los habitantes, á fin de que el comercio de Sabona no perjudique al comercio de Génova. De aquí ha resultado que Sabona está casi arruinada. Como todas las prosperidades caídas y obligadas á renunciar á su porvenir, la ciudad cifra su orgullo en su pasado. En efecto, Sabona ha dado nacimiento al emperador Pertinax, á Gregorio VII, á Sisto IV, á Julio II y á Chiarrera, que pasó por el poeta lirico mas grande que ha tenido jamás la Italia. De todas las grandezas, le quedan á Sabona la fachada del palacio de Julio II, atribuida al arquitecto San Gallo, y el bajo relieve de la visita de la Virgen á Santa Isabel, uno de los mejores del Bernin.

Enseña ademas el sacristán al viajero un cuadro de la Presentacion de la Virgen en el templo, como del pincel del Dominicano. Desconfiad del sacristán de Sabona; pensad si os enseña un Vasari ó un Gaetano, que todavia salís engañado.

Á tres ó cuatro leguas de Sabona, encontramos á Cogoletto, aldea que pretende saber mejor que el mismo Colon donde ha nacido, y que reclama como uno de sus hijos al gran navegante, aunque él haya dicho en su testamento: *y siendo yo nacido en Génova, como natural de ella, porque de ella salí y en ella nací.*

El argumento hubiera tal vez sido concluyente para cualquiera otro pueblo que Cogoletto, pero este es tereco, y respondió á Colon escribiendo sobre la puerta de una especie de cabaña que pretende ser la casa del gran marino:

*Provincia di Savona,
Communa di Cogoletto,
Patria di Colombo,
Scropitor del Nuovo mondo.*

Despues de esto, y como no pudiendo hacer mas mal, añadió el verso latino de Saghsifi:

Unus erat mundus: duo sint, ait iste: fuere.

No habia mas que un mundo: que haya dos, dijo Colon: y los hubo.

En fin, para acumular pruebas, desenterró un viejo retrato que representaba el venerable rostro de un bailio de Cogoletto, y lo llevaron con gran pompa á la casa de ayuntamiento, cual si fuese el retrato de Colon.

Los que pasen por Cogoletto deben dar al

cicerone que les enseñe aquel retrato, la limosna de algunos palos en memoria del pobre Colon, tan cruelmente perseguido durante su vida, y tan crudamente calumniado despues de su muerte.

GÉNOVA LA SOBERBIA.

Al salir de Cogoletto, viene por decirlo así, Génova á presentarse delante del viajero. Pegli con sus tierras, magnífica villa, no es mas que una especie de arrabal que pasa por Cetri di Ponenti, y que prolongado hasta San Pedro de Armo, digna entrada de la ciudad que se ha dado á si misma el nombre de la Soberbia, y que desde seis ó siete leguas ya se deja ver en el horizonte recostada en el fondo de su golfo con la elegante magestad de una reina. Una sola palabra esplica ademas aquel lujo casi inesplicable de palacios que el viajero encuentra atravesados sobre su camino con la misma profusion que las bastidas ó casas de campo de las inmediaciones de Marsella.

Las leyes suntuarias de la república que prohibian dar fiestas, vestirse de terciopelo ó de brocado y llevar pedrería, no se estendian fuera de las murallas de la capital: era, pues, en el campo donde se habia refugiado el lujo de aquellos turbulentos y orgullosos republicanos.

La primer cosa que vimos al llegar á Génova y al atravesar para ir á nuestro hotel la Porta di Vacca, que está situada cerca de la dársena, es una porcion de cadenas del puerto de Pisa, rotas por los genoveses en 1290.

Hace seiscientos años que aquel testimonio del odio de dos pueblos, odio que su comun caída no ha podido destruir, se halla á la vista de todos. Conrado Doria fué el que saliendo de Génova con cuarenta galeras, y apoyado por las de Lucca, dice el historiador Accinelli, atacó el puerto pisano, lo saqueó, y volviéndose en seguida contra Liorna, destruyó las fortificaciones de la ciudad, escepto la iglesia de San Juan.

No es esta la sola prueba de odio que los genoveses hayan dado á los demas pueblos de la península. En 1262, habiendo abandonado el emperador griego á los genoveses un castillo que pertenecía á los venecianos, los genoveses, por odio á estos, de quienes habian recibido no sé qué insulto, demolieron el castillo y trasportaron las piedras sobre sus navios. Llevaron aquellas piedras á Génova, y construyeron el edificio conocido en otro tiem-